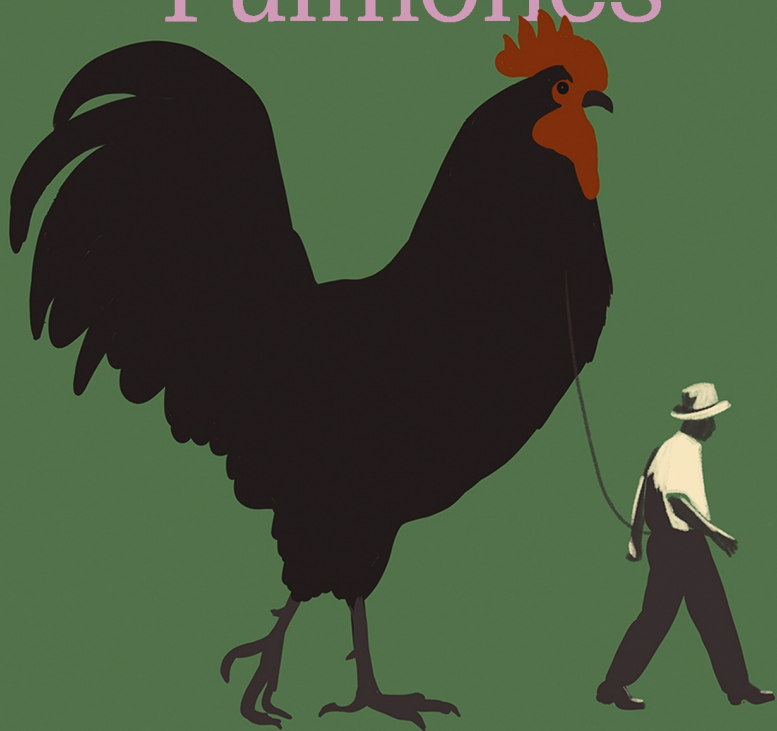


Pedro Gunnlaugur Garcia

Pulmones



AdN

**Pedro
Gunnlaugur
García**
Pulmones

Traducido del islandés por Rafael García Pérez

AdN

Publicado por primera vez en islandés por Bjartur.
Esta edición ha sido publicada por acuerdo con
Reykjavik Literary Agency, Islandia, <http://www.rla.is>

Primera edición: marzo 2025

Diseño de colección: Summa Branding
Maquetación: El Taller del Llibre, S. L.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o ejecutada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Pedro Gunnlaugur García, 2022
© De la traducción: Rafael García Pérez, 2025
© AdN Editorial (Grupo Anaya, S.A.), 2025
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-10138-84-1
Depósito legal: M. 105-2025
Printed in Spain

OTOÑO 2089

I

Jóhanna vio cómo su hija se quitaba las botas a patadas y la arena se esparcía por todo el vestuario de la guardería. Una nueva costumbre. La pequeña de dos años aún no había aprendido bien y tardó un ratito en desvestirse; pero Jóhanna la dejó realizar su tarea en paz. Tal como había ido la mañana, no tenía ganas de enzarzarse en otra pelea.

Colocó la mochila en un estante tras asegurarse de que el osito de peluche no estaba dentro. Luego se volvió hacia la niña y la abrazó.

—Adiós, cariño. Mamá te quiere mucho.

Apenas había terminado de hablar, cuando Ella se fue como una exhalación. No se verían durante una semana y, aunque Jóhanna quería a su hija con toda su alma, se sintió aliviada.

No iba a comportarse como la última vez que Ella estuvo con su padre. Iba a beber menos y a concentrarse en terminar de programar el *Viaje al fin del universo*. Y, por si fuera poco, ya había hecho una lista de las tareas del hogar que se había impuesto: ordenar las cosas, pintar la pared, buscar una planta para uno de los rincones del salón y comprar una rueda nueva para la jaula del hámster.

En la parte inferior del papel, hizo un dibujo de la botella de vino tinto que solamente se permitiría abrir cuando hubiera terminado todo.

Una vez en casa, se acurrucó en el sofá y probó el código de la nueva proyección. Todavía tenía dudas acerca de la manera de reflejar la línea temporal. Era una gran torpeza incluir las fechas. La gente estaba dispuesta a sumergirse en la realidad virtual, pero el texto era un elemento intruso que rompía la ilusión.

Jóhanna dejó que su subconsciente trabajara para resolver aquella dificultad mientras ordenaba las cosas. Recogió los juguetes del suelo, pasó la aspiradora y la fregona, y metió en bolsas botellas y latas que chocaban emitiendo un ruido sordo.

En el trastero era tal el desorden que apenas se podía dar un paso; los estantes estaban llenos de objetos que Hrafn no se había molestado en retirar y que no merecía la pena conservar. De repente, Jóhanna se impacientó y quiso tirarlo todo. Fue quitando cosas y, en un abrir y cerrar de ojos, los estantes quedaron vacíos; pero el número de bolsas en el suelo había aumentado considerablemente.

Había llegado al límite de lo que podía soportar. Miró a su alrededor para ver si quedaba algo más que agregar a los montones.

Detrás de un viejo kit de manualidades había una caja de zapatos polvorienta. Se preguntó por un momento si no debería deshacerse de ella también. Si no la abría, podría tirarla sin remordimientos con todo lo demás.

No había leído el nuevo libro. Lo hojeó una vez, cuando supo que su padre había escrito su historia familiar, aunque solo con la intención de comprobar si este había tenido la valentía de mencionarla a ella y a la nieta, a la que rechazaba y a la que todavía no quería conocer. O si había escrito algo sobre su hermano. Habría sido la primera vez que menciona-

ba a Elías desde que este murió. Cuando vio que ese no era el caso, puso el libro en una caja de zapatos junto con los demás textos escritos por su padre y los llevó al trastero.

Esta vez no sintió la misma sensación agobiante. Cogió el libro y lo hojeó. A su padre nunca le había interesado hablar del pasado. Solo tras haber entrado en la adolescencia, Elías y sus hermanos descubrieron que por sus venas corría sangre italiana y vietnamita; y, entonces, fue su madre quien se lo contó.

Aquella manera de ocultar la herencia familiar toda su vida para trasladarla luego cuidadosamente a una novela era típica de su padre, el historiador y escritor dominical, como a él mismo le gustaba denominarse. Parecía sentirse más cómodo cuando podía mantenerse a una distancia razonable de la gente; nunca había hablado de aquellos asuntos con sus hijos, pero luego se había puesto a escribir para el público un montón de groseras exageraciones sobre sus antepasados. Para los lectores, eran historias verdaderamente grandilocuentes. Nunca había logrado vender ninguno de sus libros, ni allí ni en América, donde había vivido durante los últimos años.

Jóhanna estaba cansada y, por un momento, la curiosidad prevaleció sobre el desdén que sentía por su padre, y se sentó en una de las cajas a hojear el libro.

Enzo... Tháo... Sara... Alex... Anna.

Eran solo nombres escritos en un papel que no tenían ningún significado especial para ella.

Aceitunas

Enzo nunca era capaz de saber cuándo la abuela decía la verdad. No porque las historias que contaba fueran increíbles, sino por la forma en que la abuela Beatrice lo miraba cuando terminaba la historia, con un brillo burlón en los ojos.

Entonces sospechaba que había inventado otra mentira.

—¡Oh, me estás tomando el pelo!

Cuando de adulto evocaba aquellas historias, no recordaba al pie de la letra lo que había dicho la abuela y se preguntaba dónde había rellenado las lagunas su mente infantil, si ciertas cosas no podrían deberse a un malentendido.

Como la historia de su bisabuela, María del Cielo, o la de las mujeres voladoras.

—Del Cielo —dijo la abuela mientras se sentaba en una silla en la cocina—. María del Cielo. Ese era el nombre de la madre de tu abuelo.

El abuelo en cuestión se mantenía a distancia, con un delantal alrededor de la cintura desplumando el ave que iba a servir de plato, y no parecía prestar atención alguna.

—Pero su padre era Dall'inferno (Del infierno).

Por un momento, Enzo imaginó a la bisabuela María descendiendo lenta pero segura del hermoso cielo azul, pero luego sentía los ojos sonrientes de la abuela posados en él. Le

estaba tomando el pelo. Por supuesto, el bisabuelo no podía llamarse Del infierno.

—Tienes que decirme cuándo estás de broma, abuela.

—¿Cómo? ¿De broma?

—Nunca sé cuándo dices la verdad.

—Muy bien, mi niño.

—Deberías darme alguna señal.

La anciana cogió una servilleta, se enjugó los ojos y sonrió. El abuelo Giacomo se paró detrás de la abuela, cogió una bandeja de un estante y, con el esfuerzo, soltó una ventosidad.

—Ahí tienes tu señal —dijo la abuela, y él volvió a sobresaltarse por el brillo de hilaridad que descubrió en sus ojos. Ella empezó a reír y Enzo no pudo evitar imitarla. Enseguida se pusieron a llorar de risa, pero el abuelo se limitó a sacudir la cabeza y continuó desplumando el ave.

Ya de adulto, Enzo relacionó este incidente con otra historia, la de la abuela Beatrice que, cuando era joven, pudo acompañar a sus tíos a cazar gansos. Habían bebido un poco de aguardiente en una cabaña de montaña la noche anterior y partieron al alba, sintiéndose pesados y haciendo eses. Beatrice solo tenía diecisiete años y no estaba acostumbrada al alcohol, pero se mantuvo casi erguida y los siguió con su rifle, tarareando unas estrofas de caza que había aprendido esa noche y poniendo un pie delante del otro sin pensar.

Las voces de los hombres se perdieron en la bruma y de repente se hizo un silencio total. La joven Beatrice se adentró en la niebla que se enredaba entre sus piernas y se dio cuenta de que estaba sola.

Llamó, pero nadie respondió y de repente una niebla negra oscureció su vista. La joven sintió pánico, pues no estaba acostumbrada a andar por la montaña y hacía poco que había dejado de creer en fantasmas.

Caminó cuesta arriba y finalmente encontró un hueco en la cortina de niebla donde brillaba el verde de un valle y, entonces, salió el sol. Una cadena montañosa desconocida se alzaba ante ella.

A lo lejos flotaba una criatura vestida de blanco. Al principio pensó que se trataba de un pájaro, precioso y de un blanco brillante, aunque con alas negras, como una cigüeña; pero luego vio que era una mujer voladora.

La mujer flotaba sin esfuerzo en el aire, con los ojos cerrados, como si estuviera colgada de un alambre, aunque por encima solo se veía el cielo limpio, y en su rostro mostraba la expresión pacífica de una sonámbula que no perteneciera a esta vida terrenal.

Detrás de ella, Beatrice vio a otra mujer suspendida en el aire; ambas se parecían y, sin duda, debían de ser hermanas, de piel clara como si nunca las hubiera rozado la luz solar. Beatrice se sentó en el césped y dejó el rifle. Observó largo rato cómo aquellas mujeres se entrelazaban en círculos y cómo abrían los ojos y lentamente alzaban las manos y abrían los brazos. Entonces Beatrice sintió en el pecho una pena indescriptible.

Estaba a punto de llorar cuando alguien, abajo, salió de la espesa niebla. Su tío, un carpintero llamado Lamberto, la agarró por el hombro y la sacudió.

Beatrice se estremeció, como si se hubiera liberado de un hechizo. El tío la ayudó a ponerse de pie y sin decir palabra la condujo hacia donde estaban los otros. «Estaba dormida en la hierba, completamente borracha», dijo Lamberto, y los compañeros de caza se rieron, pero la abuela Beatrice aseguró al pequeño Enzo que ella había visto todo aquello con sus propios ojos y que no estaba soñando en absoluto.

Estas imágenes siempre tocaron la fibra sensible de Enzo; su bisabuela María del Cielo y luego las mujeres voladoras:

no podía evocar a una de esas imágenes sin que apareciera la otra.

Vio estos recuerdos de las historias de su abuela con más claridad que muchas otras cosas que había vivido en su infancia. Aquella asociación de ensueño y vuelo no lo abandonaría nunca.

Mientras esperaba su primer hijo, Enzo vio una bandada de gansos que volaban en formación de uve. Se preguntó cómo sería ser el pájaro más joven; el que no sabía que por delante tenía un vuelo más largo de lo que cabía imaginar, a lugares que no podía sospechar.

Los pájaros desaparecieron y sintió un escalofrío. Empezó a correr por el páramo como si el diablo le pisara los talones, en dirección al pueblo y luego hacia la granja, y no se detuvo ni siquiera cuando lo llamaron.

Rápidamente abrió la puerta del dormitorio y se acercó a su joven prometida, que estaba llorando junto a la cama. Benedetta lo miraba con ojos aterrorizados; tenía una sábana ensangrentada entre las manos.

Los días siguientes, la gente trató de consolarlos prometiéndoles que pronto llegaría una abundante prole, que dentro de unos años verían niños correteando por todas partes hasta hartarse. Al mismo tiempo, se estaba gestando la guerra y, en medio de su dolor, Enzo recibió la noticia de que se había reducido la edad mínima para el reclutamiento. Poco después lo llamaron a filas y pronto lo enviarían a recibir instrucción militar.

—Enviarte a la instrucción, qué desastre, qué desgracia mandar a hombres tan jóvenes a la guerra —dijo su abuela en tal estado de alteración que la emoción y el orgullo que había sentido Enzo al abrir la carta se desvanecieron como la niebla bajo sol—. ¿Y qué pasa si te envían al frente? ¿Qué sucederá entonces, Enzo? ¡Te van a disparar, Enzo!

Enzo dejó la carta y salió. Se puso a deambular abrumado por su desgracia y subió a una colina donde un olivo se recortaba contra el cielo púrpura. Se detuvo allí y miró hacia el pueblo que brillaba bajo el sol poniente y se preguntó si alguna vez regresaría.

Sus padres habían fallecido. Salvatore murió en un incendio cuando Enzo tenía tres años y Teresa unos años después como consecuencia de una enfermedad interna. El apellido Coniglio estaba condenado a muerte. Enzo se tumbó en la hierba y se quedó observando cómo las nubes se deshilachaban durante mucho, mucho tiempo. Finalmente se levantó y vio un excremento de perro, seco, que se había cocido al sol; incluso eso le causó una gran tristeza. ¿La vida no tenía sentido? Le pidió al Creador que le diera una señal, el vuelo de un ave, una zarza ardiente, lo que fuera. Pero lo único que pasó fue que el sol se ocultó detrás de la colina.

Las hojas de los olivos susurraban con la brisa. Enzo miró los frutos y quiso percibir el sabor de las aceitunas crudas, esas que habían brotado del mismo suelo que él. Escogió una y la comió, sintiendo el amargor en la boca mientras intentaba sin éxito masticar aquella masa dura como una piedra, que terminó tragándose entera. Luego tomó otra aceituna y siguió el mismo procedimiento, y otra y otra, engullendo un puñado tras otro con obstinada frustración hasta que le ardió la garganta. Luego se dirigió a casa.

Al día siguiente se despertó tan enfermo que hubo que llamar a un médico, quien tras un examen anunció que aquel joven estaba al borde de la muerte y necesitaba ingresar en el hospital lo antes posible. Enzo apenas pronunció una palabra sobre su dolor de estómago, pero, según quiso la Providencia, el hospital contaba con un equipo de rayos X nuevecito. Le dieron analgésicos y, cuando empezó a sentirse mejor, el especialista trajo los resultados.

—He consultado las radiografías —dijo.

—¿Y qué, estoy bien?

—Me temo que no. Hemos encontrado una sombra.

—¿Qué quiere decir?

—Sombra. Cáncer, joven. Se ha extendido por los intestinos. Nunca he visto nada parecido. No es extraño que sienta dolor. A juzgar por la imagen, es un milagro que siga en pie.

—Pero, doctor —gimió Enzo—. ¡Me van a enviar a la guerra!

—Joven, no tiene que ir a ningún lado a morir. Me parece poco probable que sobreviva a este mes. Váyase a casa.

Enzo se puso el sombrero y parecía que iba a echarse a llorar. El especialista se sentó ante un escritorio, se puso las gafas en la nariz y garabateó algo en un papel.

—No se puede poner un rifle en manos de un adolescente tembloroso y al borde de la muerte. Con la primera tos, se le caerá el arma de las manos y disparará a quien esté más cerca.

Enzo no alzó la vista, pero asintió.

—Presente esto a su superior —dijo el especialista, entregándole una carta que certificaba que Enzo Coniglio no era apto para el servicio militar debido a un cáncer incurable que lo llevaría a la muerte en poco tiempo.

Enzo agradeció al doctor la sentencia de muerte, se despidió, regresó a su casa y se encerró en un aseo donde expulsó más de un kilo de aceitunas indigestas.

Así fue como Enzo se libró de las máquinas de guerra del mundo, que lo habrían hecho pedazos y habrían puesto fin a la historia familiar. Él y Benedetta se mudaron a Pensilvania, Estados Unidos, donde su tío paterno trabajaba como minero. Allí tuvieron a su único hijo, Federico, a quien querían con tanta pasión como habrían querido a todos los niños que les habían prometido. Llevaban una vida sencilla, pero más próspera que la esperable en el campo italiano.

Hasta que estalló la Segunda Guerra Mundial y su único hijo, Federico, fue reclutado. Se volvió loco de miedo y, cuando Enzo llegó a casa, el joven estaba recostado desconsoladamente en el sofá.

—¿Qué sucede? —preguntó Enzo.

—Me mandan a la guerra, papá —respondió Federico.

—No si puedo evitarlo —replicó Enzo, y comenzó a llamar a diestro y siniestro tratando de obtener aceitunas crudas. Al final encontró a un fabricante que estaba dispuesto a enviarle una caja entera por un precio razonable. Unos días más tarde, colocó sobre la mesa una pila de color negro brillante para su hijo.

—Cómetelas si quieres vivir —le ordenó.

El hijo no tuvo más remedio que obedecer y Enzo lo llevó al hospital, donde Federico se quejó de dolor abdominal y deposiciones dolorosas. Lo enviaron para que le hicieran una radiografía y, mira por dónde, también le diagnosticaron un cáncer incurable. No apto para el servicio militar.

Así escapó de la muerte y pudo prolongar la vida de la familia Coniglio por una generación más.

Federico se casó con Sara, una muchacha italiana del barrio, y con ella tuvo un niño; al igual que su padre solo tuvo un hijo. Le pusieron de nombre Anthony. Como su padre y su abuelo, Anthony fue reclutado por el ejército. Era a finales de 1972 y pretendían enviar al representante de la familia Coniglio a luchar contra los comunistas en Vietnam.

Anthony había estado esperando aquel día con una mezcla de ansiedad y expectación, porque comer aceitunas se había convertido en un rito de iniciación para los hombres de la familia. Toda su vida había escuchado las historias de su abuelo y de su padre, que siempre terminaban señalando un tarro de aceitunas verdes españolas colocado en un estante, donde ocupaba un lugar de honor.

Aquellos pequeños y brillantes frutos simbolizaban la vida y la muerte, un viaje a través de la historia familiar y el cuerpo de su padre y su abuelo. Un viaje que comenzaba en sus bocas masticadoras, para continuar a través del fuego purificador de los intestinos y los rayos X, y terminaba con su salida, incólumes, en una especie de degenerada reencarnación.

Por supuesto, al joven le costó mucho llevarse a la boca comida tan significativa y hasta entonces se había negado obstinadamente a probar las aceitunas.

Cuando lo llamaron a filas, su padre y su abuelo entraron a su habitación con un frasco lleno de aceitunas verdes, tal como lo había imaginado en sus pesadillas.

—Querido hijo —dijo su padre—. Ha llegado el momento.

—Las aceitunas —continuó el abuelo Enzo—. Ahora es tu turno.

—Papá... abuelo —contestó Anthony pálido como un cadáver—. No puedo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Enzo.

—No puedo comer aceitunas.

—¿Qué le pasa a este niño? —dijo Federico, y le apuntó con el frasco—. Tu abuelo y yo las comimos. Son solo aceitunas.

—Son asquerosas.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Enzo.

—¡No las quiere!

—No las quiere... ¿No está en su sano juicio?

—Abre la boca, hijo mío.

Anthony se negó y, después de algunas pataletas, su padre y su abuelo lo sujetaron con firmeza y le llenaron la boca de aceitunas, que escupió con la misma fuerza.

—Deja de morder, maldita sea. Deja de morder —gritó su abuelo mientras Federico empujaba a su hijo; luego le cerraron la boca hasta que Anthony tragó. Una tras otra: diez, veinte,

treinta. Tragó, tragó, tragó. La cara de Anthony estaba moteada de rosa y al poco tiempo se quedó casi sin respiración.

—Dios mío —gritó su madre al ver lo que estaban haciendo—. ¡Se está ahogando, lo estáis matando!

Lo liberaron, pero él no se recuperó. Los labios se hincharon y los ojos se inflamaron, como si alguien le hubiera dado un puñetazo. No se estaba ahogando. Fue una reacción alérgica. Lo llevaron rápidamente al hospital, donde le extrajeron todo aquello del estómago.

El rito iniciático había fracasado. La familia estaba en estado de *shock*. Nada de cáncer. Nada de certificado médico. Era alérgico a su única salvación.

—Se acabó todo este maldito lavado con jabón —le dijo encolerizado Federico a su esposa Sara—. Le has inculcado una neurosis higiénica que ha destruido su tolerancia hacia los productos naturales.

—¿Ahora va a ser culpa mía?

—Sí, lo estás sobreprotegiendo.

—¡Vosotros lo habéis acosado!

—¡Acosarlo! Estábamos tratando de salvarle la vida.

—Siempre esas horribles historias de las aceitunas.

—Nada de horrible tienen las aceitunas, ¿os habéis vuelto todos locos?

—Esto ha causado algún trastorno somatomorfo, estoy segura.

—¿*Somatomorfo*? Menuda idiotez.

—Las enfermedades tienen sus raíces en el plano espiritual, es algo cada vez más evidente.

Las aceitunas fallaron y tuvieron que ver cómo su hijo desaparecía en las selvas de Vietnam. No lo vieron ni supieron nada de él durante varios años y no recibieron carta alguna.

Entonces, un buen día apareció con una mujer vietnamita.

—Hola —dijo—. He vuelto de la guerra.

Pero no era del todo cierto. No había vivido en un campamento militar como estaba previsto y menos aún en Vietnam. Anthony había huido atravesando la frontera con Canadá y había permanecido cuatro años en aquel país, sin atreverse a regresar a casa hasta que el presidente Carter hubo concedido la amnistía a los desertores de la guerra. Mientras tanto se había alojado en refugios administrados por organizaciones humanitarias, temeroso del gobierno estadounidense y no menos de su padre y su abuelo. Erraba sin rumbo y a veces vivía como una especie de vagabundo. Hasta que una familia de refugiados de Toronto se apiadó de él.

Hasta que una joven se enamoró de él a distancia.

La familia que había conocido Anthony gozaba de un cierto estatus especial entre los vietnamitas del barrio donde vivían. Como personas educadas de origen católico, les resultó más fácil adaptarse que a la mayoría de sus conciudadanos. La familia había prosperado cuando el país estaba bajo dominio francés y, en su juventud, el patriarca *Bảo Lộc* y su hermano habían ido a estudiar a París. El hermano estudió para dentista; *Bảo Lộc* estudió Economía. Durante sus años de estudiante, este había quedado fascinado por el comunismo. Cuando regresó a casa, se convirtió en su defensor y apoyó el movimiento por la libertad —para consternación de su padre—, el mismo movimiento que llevó al fin de su propia clase social.

A *Bảo Lộc* y su esposa *Lieu* les entristeció terminar en Toronto y no en la parte francófona de Canadá, pero eso no les impidió hablar francés en todo momento, incluso en el curso de inglés al que asistieron con su hija *Thào*.

—*Good morning class*—dijo el maestro al entrar.

Y miró directamente a *Bảo Lộc*, que estaba sentado en la primera fila y no esperaba que se dirigiera a él tan directa-

mente; así que, en medio de su aturdimiento, se puso en pie y respondió al maestro alto y claro:

—*Bonjour!*

Bảo Lộc y Lieu también ignoraron por completo la regla consuetudinaria de no entablar conversación con la gente del norte de Vietnam, que tenía cuidado de no hablar en voz alta en la calle por miedo a que alguien se percatara de su acento. Y la despreocupación de la pareja les granjeó impopularidad, como si esa actitud fuera una muestra de arrogancia y no de genuina amabilidad; pero su sencillez acabó dando frutos en poco tiempo, porque rápidamente entablaron relaciones con otras personas que se cruzaron en su camino y que les prestaron ayuda para montar un negocio. Cuando Bảo Lộc se encontraba con sus vecinos en el jardín, donde se divertían jugando a las cartas, estos a menudo se burlaban de él.

—*Bonjour* —lo saludaban socarrones.

—Ah, *bonjour* —respondía él alegremente.

—¿Dónde se había escondido el *monsieur*?

—Por ningún lado en particular, sentando las bases de mi independencia, *messieurs*.

—¿En serio? Nada más y nada menos. ¿Y qué llevas ahí, una botella de vino?

—Sí. Y este debe ser bueno. Hecho aquí en Canadá.

—¿Vas a invitar a tus amigos del Viet Cong?

—No —dijo Bảo Lộc riéndose de buena gana—. Esto es para preparar el *coq au vin* que vamos a cenar. Pero ahora tenéis que disculparme, que tengo prisa. *Au revoir!*

Bảo Lộc y Lieu nunca tomaron más que moderadamente en serio las advertencias de sus compatriotas. Y en lugar de lamentarse del estatus que habían perdido, se enfrentaron a su nueva suerte con serenidad —su suerte como capitalistas— porque, habiendo alcanzado la mediana edad, montaron un negocio por primera vez en su vida, con el apoyo de

particulares que ayudaban a los refugiados. Cuando llegaron orgullosos en una camioneta que tenía escrito en la parte trasera y delantera *Servicios de Limpieza de Nguyen*, estalló un enorme júbilo en el vecindario. La gente se agolpaba y hacía señas a los que estaban en casa para que salieran a las ventanas y vieran cómo la pareja cruzaba el vecindario lentamente, dando vuelta tras vuelta alrededor de Alexander Park para que nadie se perdiera el inicio de su marcha triunfal. Entonces se empezaron a escuchar risas; alguien dijo:

—Es el camión de los helados.

La pareja pareció hacer caso omiso de aquellas palabras, o al menos nada más se colegía de su expresión mientras, con las gafas de sol en la nariz, se mantenían serios al volante.

—Os han vendido un viejo camión de helados —se volvió a escuchar y luego hubo aún más risas y, un momento después, el camión dobló una esquina y desapareció.

—No es verdad, Thảo —escuchó decir a su padre cuando llegaron a casa—, no es un camión de helados, ¿cómo se les ocurre semejante tontería?

Pero cuando Lieu salió de casa, Bảo Lộc se escabulló para llamar a alguien y, después de una larga perorata sobre cosas sin interés, llegó finalmente al tema principal; Thảo lo oyó preguntar en voz baja si era posible que el camión se hubiera usado para vender polos a los niños del barrio. No oyó lo que dijo la persona al otro lado de la línea, pero Bảo Lộc murmuró *oui, oui o bien sûr o très bien*, aunque eso era lo que solía hacer sin importar el contexto, por lo que no había forma de saber cuál había sido la respuesta.

Durante estos primeros meses de su residencia en Toronto, Thảo solía apoyarse en el alféizar de la ventana, apática y solitaria, observando la vida humana y el follaje otoñal del parque de abajo. Vivían en un bloque de apartamentos pequeño pero limpio cerca de Chinatown, donde ella asistía a clases de

idiomas, aunque, por lo demás, solía quedarse en casa y prepararse para seguir estudios superiores.

Le costaba mucho comer, de lo cual se avergonzaba; era algo que escondía lo mejor que podía, dejando caer trozos de comida en una servilleta cuando su madre, Lieu, no estaba mirando.

A pesar de la libertad de la que entonces disfrutaban, ella se sentía atrapada, no solo porque tenía que hincar los codos, sino porque sus padres la estaban volviendo loca: los embrazados barbarismos franceses y el revuelo que había levantado aquel estúpido camión de helados habían convertido a la familia en el hazmerreír de todos los vietnamitas de Chinatown.

Y mientras Thào se sentaba con un libro de gramática apoyada en el alféizar de la ventana, muerta de aburrimiento, comenzó a percatarse de la presencia de un joven que a menudo se sentaba solo en un banco de Alexander Park, con las manos metidas en los bolsillos de una fina chaqueta. Hasta allí había llegado Anthony Coniglio con ese pelo oscuro que le caía hasta los hombros, su gran nariz y unos ojos tristes que a ella le recordaban un poco a Ringo Starr.

No entendía que los chicos canadienses de su edad anduvieran con el pelo largo como si pretendieran ser femeninos; a menudo le parecían un poco tontos, e incluso a veces también un poco peligrosos.

El consumo de drogas la aterrizzaba tanto que contenía la respiración cuando se encontraba con algún grupo de jóvenes que fumaba cigarrillos, solo por si acaso. Pero se sentía fascinada por aquel vagabundo solitario que se sentaba en el jardín día tras día, con las mejillas sin afeitar. Y cada día que pasaba, su fascinación crecía. Le costaba mucho centrarse en el estudio si no lo veía por ningún lado, y levantaba la vista de los libros con la esperanza de verlo aparecer.

Y cuando finalmente se presentaba, ella se regocijaba interiormente y sentía casi como si un pájaro cantor se hubiera posado en una rama delante de su ventana, y, tras ello, ya no leía una sola palabra en sus libros.

De algún modo misterioso se parecía a ella al deambular así por el jardín como un poeta sumido en una profunda meditación. Debían de tener un destino común. Ella hacía confluir en aquel joven las imágenes de todos los héroes románticos sobre los que había leído. Estaba perdido, como ella. Ambos pertenecían a la misma existencia solitaria. Él tenía tanta hambre como ella falta de apetito. Se imaginó que envolvía las sobras en un periódico y se dirigía hacia él —en su mente no se encontraba con nadie en el hueco de la escalera y el jardín estaba vacío exceptuando a ellos dos—, él estaba solo y ella se acercaba a él...

Su visión de ensueño terminaba allí.

No porque imaginarse besando le diera vergüenza. Ella no quería un beso. Ella solo quería darle de comer. Que él la mirara, al principio con incredulidad, pero luego con creciente gratitud.

Su sueño era tan modesto como ella misma y solo se presentaba fragmentado antes de desvanecerse. Imposible saber qué decirle. Tenía miedo de no entender lo que él decía, o de no poder responder sin hacer el ridículo.

Día tras día se sentaba apoyada en el alféizar de la ventana y miraba fascinada al joven. Se decepcionaba si lo veía deambulando con un sándwich y un café. Luego tiraba el almuerzo a la basura y no le importaba si su madre estaba presente; solo pensaba en quién le había dado a él aquel bocado.

Era amor. Un sufrimiento vano.

Tenía que encontrar una razón para escaparse sin que su madre la interrogara, pero no se le ocurría nada. Todo parecía muy poco verosímil. Esto le dio muchos quebraderos de

cabeza. En medio de esta preocupación, se dio cuenta de que el vagabundo no había aparecido en todo el día.

¿Habían pasado dos o tres días desde la última vez que lo vio? ¿Había desaparecido cuando estaba a punto de acercarse a él? ¿O había tenido un accidente?

—Te estás quedando en los huesos —dijo Lieu—. ¿Tienes algo de anemia?

Thào apenas escuchó lo que le había dicho su madre. Ya no importaba nada.

—¿Qué te pasa? —preguntó Lieu, pero la hija no quiso responder o no pudo.

Finalmente, la madre empezó a sospechar lo que estaba ocurriendo. Por supuesto, solo podría ser una cosa. Se sentó en la cama donde su hija estaba tendida bocabajo, sumida en su angustia cotidiana, y acarició sus delicados hombros.

—Hija...

Ella murmuró algo.

—Hija mía...

Murmuró de nuevo.

—¡Thào!

—Mamá.

—¿Cómo se llama?

—... nada.

—... nada.

—¿Es el hijo de Bian, el alto?

—... no.

—¿Es ese Phuc, el que se sienta en el último banco de la escuela de idiomas y pega mocos en las paredes cuando cree que nadie está mirando?

—Oh, no.

—¿Es Duc Luong, al que arrestó la poli, solo porque parece tan taimado?

—¡No!

—A ver..., ¿es ese viejo asqueroso que vive detrás del supermercado, el que está tan pegado a su ropa que a veces la arranca a tiras cuando tiene calor? ¿De ese estás enamorada?

—¡No! ¡Mamá!

—¿Quién es entonces?

—Yo... no sé cómo se llama.

—Ay.

—Es guapísimo.

—Ay, ay.

Ella suspiró.

—Hija mía, ¿ha hecho algo...?

—No, mamá. Nunca he hablado con él. No sé dónde está.

Lieu no estaba acostumbrada a mostrar ternura, pero consoló a su hija.

La acarició y le alisó el pelo, contenta.

—Vendrá otro.

—¡No quiero otro!

Luego pasaron días y largas noches. Por cada partícula del recuerdo de aquel vagabundo de nariz roja que se consumía, una parte igual desaparecía también de la propia Thảo. Se estaba transformando en nada.

Finalmente, el padre empezó a prestar atención.

La hija miraba fijamente al techo durante el almuerzo, pálida y abatida.

—¿La han lobotomizado? —preguntó Bảo Lộc a su esposa—. No come nada, lo que se dice nada. ¿Qué está pasando? ¿Puede ser lo mismo que le sucedió a Luc Duon?

—No, Bảo Lộc.

—Perdía fuerzas comiera lo que comiera, nadie entendía nada...

—Esa historia no, ahora no —replicó Lieu.

—Estaba cada vez más delgado. Como si lo hubieran hechizado.

—Cállate y llena el buche.

—Entonces lo llevaron al médico. Enseguida vio lo que pasaba; le pidió que se quitara los pantalones y se inclinara hacia delante. Y Luc Duon dijo «no estoy acostumbrado a hacer esto con nadie», pero, por supuesto, confiaba en el médico.

—Bào Lộc, no sigas.

—¿Y qué pensáis que vio...?

—¿Crees que tu hija comerá algo más si continuas contando esa historia repugnante?

—Sacó ese largo y feo...

—Tú y tus historias, historias únicas y sin sentido.

—... gusano blanco y transparente...

—¿Papá?

—... fuera de... ¿Sí, mi amor?

—¿Puedo ir a mi cuarto?

—Sí —respondió Bào Lộc—. Sí, claro.

Se levantó y dejó a sus padres silenciosos.

—Está enamorada, tontorrón —dijo Lieu.

—Enamorada —repitió Bào Lộc frunciendo el ceño.

—Sí, locamente enamorada.

Ella lo miró fijamente.

Bào Lộc contempló el techo como si estuviera intentando entender algo.

—¿Y cómo se llama entonces? —dijo—... ¿el gusano?

Thảo entró en la habitación y cerró la puerta; había dejado de llorar. Solo quería estudiar sus apuntes de inglés.

Se paró frente al espejo y recitó un poema que quería memorizar. Terminó el último verso y volvió al libro para revisar el texto. Miró hacia el jardín. Allí estaba él, con aquel abrigo amarillo mostaza, deambulando como si nunca hubiera estado en otro lado. Ella miró asombrada, se dejó caer sobre el alféizar de la ventana y dejó escapar un grito medio ahogado.

Él salió de su campo de visión y desapareció detrás de los árboles y arbustos.

Antes de darse cuenta, había agarrado su abrigo y cruzaba corriendo la puerta de casa de sus padres como una exhalación; ellos se quedaron quietos mientras sonaban los pasos en el hueco de la escalera, pero luego se precipitaron a la ventana para ver adónde iba su hija.

Thào corrió directamente hacia el parque y miró en todas direcciones, pero no lo vio por ninguna parte, así que se dirigió hacia donde la vegetación crecía descuidada y los matorrales se enredaban libremente. Había una pequeña arboleda y, más allá, un lodazal, verjas y más bloques. El abrigo amarillo no se veía por ninguna parte entre el gris otoñal. Se detuvo y escuchó, corrió hacia el lugar del que procedía un ruido sordo y se asomó a la espesura. Allí se percibía una sombra.

El sol salió de detrás de una nube y envió sus rayos a través del crepúsculo, hacia algo de color rosa pálido que brillaba entre las ramas y la vegetación. Thào no se dio cuenta de lo que era hasta que un líquido de color amarillo brillante regó el suelo. Ella se quedó allí congelada y miró fijamente esa carne colgante, tan fea pero inocente al mismo tiempo, mientras él irrumpía de un arbusto. El chico salía de repente de aquel terreno de enredada vegetación, moteado de sombras y luces, y ella gritó tan fuerte que él se sobresaltó y tropezó, de tal manera que casi se cayó, pero aun así luchó valientemente para subir la cremallera del pantalón. Cuando finalmente recuperó el equilibrio, se quedó boquiabierto y la miró estupefacto y atontado; frente a él había una adolescente que lo observaba confundida. Luego ella sonrió.

Los padres permanecieron pegados a la ventana del salón y vieron cómo ella aparecía con un joven a su lado, muy del-

gado, pálido y narigudo. La capa de nubes se desintegraba, proyectando alternativamente luz y sombra sobre ellos, como si el mismo Todopoderoso quisiera bendecirlos.

Lieu y Bảo Lộc no recibieron de inmediato con los brazos abiertos al nuevo amigo de su hija, pero cuando Thảo explicó que estaba desertando del Ejército, su actitud se suavizó. Había aparecido al comienzo del festival de otoño y, aunque la familia todavía era nominalmente católica, sintieron que el joven no podía ser más que un presagio de algo bueno. Cuando les dijo que el apellido Coniglio significaba «conejo», Thảo señaló la inmensa luna que recorría el cielo a gran velocidad y preguntó: «¿Ese conejo?».

No tenía ni idea de lo que quería decir.

Thảo apagó la luz y fue a buscar un trozo de papel de arroz que colocó contra la ventana. Él miró por encima de su hombro, percibió su perfume, notó cómo su cabello brillaba a la luz de aquella luna formidable.

Puso un anillo en el papel y luego siguió el patrón de la luna, dibujando tranquila, lentamente. Una sonrisa confusa apareció en sus labios y el único sonido que se podía escuchar era el leve trazado del lápiz. Cuando se sintió satisfecha con el trabajo, colocó el papel en la repisa. Alrededor de las sombras de la luna había dibujado la silueta de un conejo: dos orejas largas, una cabeza pequeña, patas y un hocico.

Anthony miró hacia arriba y trató de ver lo mismo entre las sombras de la luna, pero, aunque tenía el dibujo para hacer la comparación, fue incapaz de ver al animal. Permanecieron un rato en silencio y miraron a la luna. En lugar de un conejo inocente, la mente de Anthony empezó a ver gradualmente imágenes aterradoras. La cara de la luna tomó la forma de una imagen de rayos X grises con lesiones negras y espantosas, y pensó en las aceitunas que sus antepasados habían metido en sus intestinos.

Luego las siluetas adquirieron un significado diferente. Parecían la ecografía que había recibido de la única persona que sabía adónde había huido. La chica con la que se había acostado cuando supo que lo iban a enviar a Vietnam.

Tras haber pasado unos meses solo en Canadá, Anthony había hecho lo que no había tenido intención de hacer: enviarle una carta. La chica, que se llamaba Leonor, respondió de inmediato con una ecografía. Él la guardó en su abrigo. No podía mirarla, pero tampoco se veía capaz de tirarla.

La chica esperaba un pequeño Coniglio. Luego transcurrieron tres años y Anthony no tuvo más noticias.

Entonces, miró hacia el cielo.

Allí estaba varado el conejo de la luna.